

TESTIGOS ESPECIALES DE CRISTO

por el presidente Gordon B. Hinckley
Segundo Consejero en la Primera Presidencia



"Amo a mis hermanos. Son leales todos; apoyan y sin vacilación responden a todo llamamiento que se les hace por encima de su conveniencia personal. Son verdaderos discípulos del Señor Jesucristo."

Estamos en el mes de abril, la estación de la primavera en el hemisferio norte, en la que se produce un nuevo brote de vida en la naturaleza. Pronto será la Pascua, cuando el mundo cristiano conmemora la resurrección del Hijo de Dios de entre los muertos.

Al encontrarnos reunidos en esta gran Conferencia General de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, damos nuestro testimonio al mundo de que Jesús es el Cristo; el Hijo viviente del Dios viviente. Testificamos que vino a la tierra en el meridiano de los tiempos, descendiente de la divinidad; que anduvo por los senderos de Palestina declarando las verdades del evangelio eterno, sanando a los enfermos, devolviendo la vida a los muertos y la vista a los ciegos y llevando el trascendental mensaje mesiánico de esperanza a todos los que quisieran escuchar. Testificamos que se lo llevaron hombres malvados, y que fue condenado y crucificado en el Calvario; que al tercer día se levantó de entre los muertos, las primicias de los que dormían, el conquistador de la muerte, el maestro de la vida eterna; de que así como en Adán todos mueren, en Cristo todos serán vivificados. (1 Cor. 15:22.) Testificarnos que El y su Padre, el gran Elohim, se le aparecieron al joven José Smith en la primavera de 1820, dando comienzo a ésta, la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Testificamos que El está a la cabecera de esta Iglesia, la cual lleva su nombre; que en cumplimiento de la profecía de Isaías, el gobierno del reino de Dios está sobre sus hombros, y su nombre es Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. (Isa. 9:6.)

Doy solemne testimonio de El y de su lugar tan singular en el plan de salvación eterna de Dios, nuestro Padre Eterno. Doy testimonio de estas cosas por el poder y la autoridad del Santo Apostolado en mí investido.

Y ahora, si el Espíritu me guía, quisiera decir algo en cuanto a este maravilloso y sagrado oficio del santo sacerdocio, el oficio de Apóstol.

Ayer sostuvimos a dos hermanos en este sagrado llamamiento. De este modo, una vez que sean ordenados, quedará completo el Consejo de los Doce Apóstoles. Quiero daros mi testimonio de que estos hombres fueron llamados por profecía y revelación. Mucho fue lo que se oró concerniente a este asunto. Tuvimos largas conversaciones con el presidente Kimball, el Profeta del Señor en nuestra época. Y de él recibimos una declaración bien clara, pues él tiene la última palabra en estos asuntos. No quedó ninguna duda de la influencia del Espíritu Santo en cuanto a las personas que debían ser llamadas para ocupar tan importantes y sagradas

responsabilidades. Estos hombres que han sido llamados tienen sobre sí mucha experiencia tanto en las cosas del mundo como en las de la Iglesia. Son hombres instruidos y de grandes logros en sus respectivas profesiones. Han recibido la aclamación de sus colegas y de muchas otras personas, procedentes de todas partes del mundo, que les admirán. Pero ésta no es la razón por la que fueron llamados.

El servicio que han rendido en la Iglesia es digno de mención. Desde su juventud han servido fiel y activamente. Ambos han sido miembros de presidencias de estaca, ambos han sido representantes regionales y han tomado parte activa en muchas asignaciones de la Iglesia, las cuales han desempeñado brillantemente. Pero tampoco es ésta la razón por la que fueron llamados.

Se les llamó porque el Señor les quiere en este oficio como poseedores de un testimonio de su divinidad, y cuyas voces se han escuchado y se escucharán en testimonio de su realidad.

Cada uno es hombre de fe. Una vez que sean ordenados al Santo Apostolado y apartados como miembros del Consejo de los Doce, se esperará que se dediquen primordialmente a la obra del ministerio. Pondrán en sus vidas, por encima de todo lo demás, la responsabilidad de ser testigos especiales del nombre de Cristo ante el mundo.

Algunos se preguntarán la razón por la que la Iglesia quita a estos hombres tan competentes del servicio público en sus respectivas profesiones, cuando tanto bien están haciendo donde se encuentran en la actualidad. Yo no lo sé. Esto no es algo que la Iglesia haya hecho. Sin embargo, el Señor ha dejado bien claro que estos son los hombres que él desea que sirvan como testigos suyos. Hay otros muy capacitados que podrán continuar con lo que estos dos han iniciado, mas estos dos hombres ahora han recibido un llamamiento sumamente particular al cual los llama el Señor en su sabiduría más profunda.

Al igual que en el caso del resto de nosotros, se trata de dos seres humanos, poseedores de virtudes y de defectos, pero de aquí en adelante y por el resto de sus vidas, y mientras se mantengan fieles, su misión primordial ha de ser la de llevar adelante la obra de Dios en la tierra. Han de interesarse en el bienestar de los hijos de nuestro Padre, tanto los de adentro como los de afuera de la Iglesia. Han de dar lo mejor de sí mismos para consolar a aquellos que lloran; para fortalecer a los que son débiles; estimular a quienes flaquean; ofrecer amistad a los solitarios; nutrir a los destituidos; bendecir a los enfermos; dar testimonio, no como producto de una creencia, sino de ciencia cierta del Hijo de Dios, su amigo y maestro, cuyos siervos son.

Siempre me ha llamado poderosamente la atención de que pese a que el Señor llamó a doce Apóstoles para ayudarle en su ministerio y para continuar con la obra después de su muerte, y que a pesar de que Pablo, quien también era Apóstol, declaró que la Iglesia debía ser edificada "sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo" (Ef. 2:20); a pesar de

todo esto, el oficio de Apóstol, y por tanto un consejo de doce Apóstoles, no se encuentra, que yo sepa, en ninguna otra iglesia cristiana.

Tampoco tenemos conocimiento del oficio de setenta, al cual seis hermanos han sido llamados en esta conferencia. También este oficio cumple la responsabilidad de dar testimonio apostólico del nombre de Cristo.

La palabra apóstol, en su significado original, quiere decir "enviado". Si empleáramos tal definición para referirnos a una persona enviada con cierta autoridad y responsabilidad, describiría perfectamente el llamamiento tal como fue dado en la época en que nuestro Señor vivió en la tierra y tal como se ha dado en nuestra propia época.

Lucas nos dice que el Maestro "fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles" (Luc. 6:12-13).

Es de relevancia particular el que el Señor llamara a quienes servirían junto a él sólo después de haber orado toda la noche concerniente al asunto. Mateo nos dice:

"Entonces llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia..."

"A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones, diciendo: Predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado.

"Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia.

"Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros." (Mat. 10: 1, 5, 7, 8, 20.)

Este mismo oficio de apóstol fue restaurado a la tierra cuando se restableció la Iglesia en esta dispensación. En la revelación tocante a la organización de la Iglesia, recibida en abril de 1830, se hace referencia a José Smith como aquél que "fue llamado de Dios y ordenado apóstol de Jesucristo, para ser el primer élder de esta Iglesia;

"Y a Oliverio Cowdery, también llamado por Dios, apóstol de Jesucristo, para ser el segundo élder de esta iglesia, y ordenado bajo su mano." (D. y C. 20:2-3.)

Brigham Young hace un recuento de las interesantes circunstancias relacionadas con la organización del primer Quórum de los Doce en esta dispensación. En 1834, un grupo de hermanos prominentes de Ohio viajaron a Missouri para ayudar a los santos en ese lugar, y luego regresaron a Ohio. Fue un largo y penoso viaje, la mayor parte del cual fue hecho a pie. Fue una época de duras pruebas. Brigham Young declaró:

"Tras regresar de Missouri, mi hermano Joseph Young y yo habíamos estado cantando después de predicar en una reunión. Cuando la reunión terminó, el hermano José Smith dijo: 'Vengan hasta mi casa conmigo.' Fuimos y cantamos para él por un largo rato y después nos pusimos a conversar. Entonces comenzó a tratar el

tema de los Doce y de los Setenta por primera vez que yo tenga recuerdo. Nos dijo, 'Hermanos, voy a llamar a doce Apóstoles. Creo que nos reuniremos y seleccionaremos a doce Apóstoles y a un quórum de Setentas de entre aquellos que subieron a Sión.'

. . . En 1835, a fines de enero o principios de febrero o "alrededor de esa época", dice el presidente Young, "nos reunimos a diario, y el hermano José llamó a doce Apóstoles. Tuvo una revelación cuando estábamos cantando para él. Quienes le conocíamos sabíamos cuando el espíritu de revelación estaba en él, pues se dibujaba en su rostro algo muy especial cuando se encontraba bajo esa influencia. Predicó bajo el espíritu de revelación y enseñó en concilio bajo ese espíritu. Y quienes le conocíamos lo podíamos notar al instante, pues en momentos como ese percibíamos una claridad peculiar en su rostro." (Journal of Discourses, 9:89.)

Los tres testigos del Libro de Mormón, Oliverio Cowdery, David Whitmer y Martín Harris, recibieron la responsabilidad de nominar a los primeros Apóstoles de esta dispensación. Una vez seleccionados, fueron convocados a una reunión llevada a cabo en Kirtland, el 27 de febrero de 1835. Oliverio Cowdery sirvió de secretario en esa reunión y escribió lo siguiente en las minutas:

"El presidente Smith preguntó lo siguiente: ¿Qué importancia lleva el llamamiento de los Doce Apóstoles, que es diferente de los otros llamamientos u oficiales de la Iglesia?

"Después que . . . analizaron la pregunta, el presidente José Smith, hijo, tomó la siguiente decisión:

"Son los Doce Apóstoles los que han sido llamados al oficio del Sumo Consejo Viajante, y son los que deben presidir las ramas de la Iglesia de los santos entre los gentiles, donde no se haya establecido una presidencia; y han de viajar y predicar entre los gentiles, hasta que el Señor les mande ir a los judíos. Tendrán las llaves de este ministerio, de abrir la puerta del reino de los cielos a todas las naciones y predicar el evangelio a toda criatura. Este es el poder, autoridad y virtud del apostolado". (Enseñanzas del Profeta José Smith, pág. 82.)

Tal como se establece en revelaciones posteriores, estos hombres obrarán bajo la dirección de la Primera Presidencia e irán como "testigos especiales del nombre de Cristo en todo el mundo". (D. y C. 107:23.)

Cuando requieran ayuda en tal deber, la solicitarán a los Setenta y luego a otros más, según lo dictaren las circunstancias.

Desde que se dio comienzo a la obra en esta dispensación, ha habido unos 84 hombres que han servido como miembros del Consejo de los Doce Apóstoles. Los élderes Nelson y Oaks pasarán a ser los números 85 y 86 escogidos y ordenados y apartados, una vez que el procedimiento se cumpla totalmente. Grande y sagrado es su ministerio. Habiendo yo servido como miembro de este prestigioso quórum por veinte años, soy testimonio de la hermandad que en él reina, de su devoción, de su fe, de sus esfuerzos y de su maravilloso servicio a fin de adelantar el reino de Dios.

Si me permitís, quisiera ahora hablar en términos personales para expresar ante todos vosotros mi agradecimiento hacia los miembros de este quórum. Han transcurrido casi tres años desde que fui llamado por el presidente Kimball para servir como consejero en la Primera Presidencia de la Iglesia. Durante la mayor parte de este período, he tratado humildemente de llevar sobre mis hombros una grande e impresionante responsabilidad. Puedo decir que he experimentado momentos de soledad y preocupación profunda. He orado fervientemente por fuerzas y guía. Me he respaldado en éstos, mis hermanos de los Doce, quienes me han apoyado y ayudado generosamente con su inspirado consejo.

Hay unidad en la Primera Presidencia de la Iglesia. Hay unidad entre la Presidencia y el Consejo de los Doce, una unidad perfecta. Hay unidad entre el Primer Quórum de los Setenta y el Obispado Presidente. Estoy bastante familiarizado con la historia de esta Iglesia, y no vacilo en afirmar que jamás hubo mayor unidad en sus consejos rectores y en la relación entre ellos que la que hay ahora.

Amo a mis hermanos. Son leales todos; apoyan y sin vacilación responden a todo llamamiento que se les hace por encima de su conveniencia personal. Son verdaderos discípulos del Señor Jesucristo. Cuando sean ordenados y apartados los dos nuevos miembros, repito, el quórum estará completo. Con el fallecimiento de los élderes LeGrand Richards y Mark E. Petersen perdimos a dos grandes hombres, mas otros dos igualmente maravillosos han sido llamados para tomar sus lugares; llamados bajo la dirección del Señor y sostenidos por la fe de los miembros de la Iglesia.

La obra continúa en majestuosidad y poder. El reino crece sólida y constantemente. El testimonio se fortalece en el corazón y en la vida de los miembros de la Iglesia en todo el mundo. En ello radica el verdadero poder de este reino. Es la convicción, firme, real y personal, que se anida en el corazón de millones de Santos de los Últimos Días que viven en diferentes tierras y que hablan distintas lenguas. Cada uno de ellos forma parte de esta gran sociedad de creyentes. Cada miembro fiel sabe que Dios, nuestro Padre Eterno, vive. Cada uno de ellos sabe que Jesús es el Cristo, el Redentor y Salvador de la humanidad. Conocen estas verdades importantes mediante el poder del Espíritu Santo que les da testimonio personal.

Demos gracias a Dios por la maravilla de esta obra, y por la manera misteriosa y segura en que El la hace avanzar.

Quiero expresar mi profundo y sincero agradecimiento, no sólo a las Autoridades Generales por su constante apoyo, sino a los Santos de los Últimos Días en todo el mundo. He podido sentir el poder de vuestras oraciones y me consta que nos sosteneís con vuestras manos y vuestro corazón. Especialmente agradezco la forma en que trabajáis, con abnegación y enorme fe, a fin de hacer progresar la obra de Dios y contribuir en la misión de llevar a cabo Sus propósitos eternos hacia sus hijos e hijas.

Que Dios os bendiga a todos, dondequiera que os encontréis. Que la fe os fortalezca al servir en rectitud. Que vuestros testimonios sigan fortaleciéndose al

beber del manantial de la verdad eterna. Ruego que las bendiciones tanto materiales como espirituales os acompañen al caminar junto al Señor como obreros en Su reino. Que la paz de Cristo abunde en vuestros corazones y en vuestros hogares, lo ruego humildemente en Su santo nombre, aun en el nombre de Jesucristo. Amén.